

## CAPÍTULO XXIX.

*La ascension de Cristo Redentor nuestro á los cielos con todos los Santos que le asistian; y lleva á su Madre santísima consigo para darla la posesion de la gloria.*

Para celebrar su Ascension escogió Cristo las ciento veinte personas que juntó en el cenáculo.—Quiénes fueron.—Procesion que se ordenó desde el cenáculo al monte Olivete para la Ascension de Cristo.—Estaba ya la resurreccion divulgada por Jerusalem.—Milagrosa providencia para que no se embarazase en Jerusalem esta procesion.—Coros que se formaron en la eminencia del monte.—Adoracion que hizo á Cristo María, y los demás fieles á su imitacion.—Ascension de Cristo, y su modo.—Acompañamiento de este triunfo de Cristo.—Llevó el Señor consigo á su Madre.—Estaba María prevenida de este favor.—Hízolo la Omnipotencia poniendo á María á un tiempo en dos lugares.—Fue colocada en el cielo á la diestra de su Hijo.—Prevencion á los fieles para la devocion en esta maravilla.—Continuacion de la divina luz para escribir esta Historia.—Repeticion de la revelacion de este misterio de llevar Cristo en la Ascension consigo á su Madre.—Modo de la revelacion.—Razones de la piadosa credibilidad de este misterio.—Por otros sucesos quedan escritos en esta Historia.—Principios por donde se han de regular las maravillas que Dios obró con su Madre.—El no penetrarlos es causa de que los hombres las limiten.—Regla general de las prerogativas de María.—Razon de haber estado estas maravillas tantos siglos ocultas en la Iglesia.—Ejemplo que la confirma y declara.—Otras razones que prueban la pia credibilidad de este misterio.—Congruencias de que María subiese con su Hijo á los cielos.—Conveniencia de que el misterio de la subida de María á los cielos con su Hijo se ocultase entonces á los Apóstoles y demás fieles.—Sus lágrimas viendo se les ausentaba Cristo.—Nube que se les interpuso.—En la nube venia el eterno Padre á recibir á su Unigénito y á María.—Recibimiento que les hizo.—Palabras de los Angeles para que se abriesen las puertas del cielo, y su declaracion.—Entrada de Cristo con su Madre en el empíreo.—Asiento de Cristo á la diestra del Padre.—Profundísima humildad de María viendo á su Hijo sentado á la diestra del eterno Padre.—Voces de las divinas Personas llamando á María al lugar eminente que la tenian señalado.—Manifestóse á todos los bienaventurados que ese lugar era la diestra de su Hijo.—Fue colocada María en el trono de la santísima Trinidad á la diestra de su Hijo.—Diósele eleccion de quedarse por la eternidad en aquel lugar, ó volver al mundo para asistir á la primitiva Iglesia.—Razones con que María eligió el asistir á la Iglesia renunciando por entonces el trono de el cielo.—En premio de esta eleccion se le concedió entonces la vision beatífica.—Singulares favores que el Señor la hizo para enviarla otra vez por madre y maestra de la Iglesia.—Pondérase la obligacion de los mortales en esta eleccion que hizo la Madre de Dios.—Cómo se verifican de María en la ejecucion de esta eleccion las calidades de la mujer fuerte.—Peticiones de María para el empleo á que bajaba de el cielo.—Caridad que bajó á ali-

mentar la Iglesia.—Pidió María á su Hijo en la Ascension consolase á sus discípulos en el dolor de su ausencia.—Á su peticion bajaron los dos Angeles.—Las palabras de estos Angeles, aunque fueron de consuelo, fueron tambien de reprehension, y por qué.—Infelicidad de nuestra naturaleza en dejarse llevar de lo sensible aun en lo mas divino.—En qué forma los discípulos de Cristo se dejaban llevar de lo sensible en la conversacion de su Maestro.—Cómo fue conveniente la Ascension, para que se repartiessen á la predicacion por el mundo.—Inclinacion del amor divino á favorecer las almas.—Engaño de los mortales en los favores que desean.—Cómo lo corrige el Señor dándoles trabajos.—Razon de poner el Señor en la eleccion de María su asistencia á la primitiva Iglesia.

1509. Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del eterno Padre, que por la encarnacion humana bajó del cielo, habia de subir con admirable y propia ascension para asentarse á la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol <sup>1</sup>, dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redencion humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra; y echado el sello á todos sus misterios con este de su Ascension, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera á los cielos el mismo Señor <sup>2</sup>, que con el Padre le habia de enviar á su nueva Iglesia. Para celebrar este dia tan festivo y misterioso eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, á quien juntó y habló en el cenáculo, como en el capítulo pasado se dijo, que eran María santísima, los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, María Magdalena, Marta, y Lázaro, hermano de las dos, las otras Marias y algunos fieles, hombres, y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho de ciento y veinte.

1510. Con esta pequeña grey salió del cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos á todos delante por las calles de Jerusalem, y á su lado á la beatísima Madre. Luego los Apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua á la falda del monte Olivete. La compañía de los Angeles y Santos que salieron del limbo y purgatorio seguian al Triunfador vitorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista solo gozaba María santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalem y Palestina la resurreccion de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase

<sup>1</sup> Ephes. iv, 9. — <sup>2</sup> Joan. xvi, 7.



el falso testimonio de que los discípulos le habían hurtado <sup>1</sup>; pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, ó incrédulos, ó dudosos, reparasen en aquella santa procesion que salia del cenáculo, ni los impidiesen el camino; porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitan y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesen subir á los cielos.

1511. Con esta seguridad que les previno el mismo Señor, caminaron todos hasta subir á lo mas alto del monte Olivete; y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de los Ángeles, otro de los Santos, y el tercero de los Apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacia cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró á los piés de su Hijo, y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendicion. Todos los demás fieles que allí estaban á imitacion de su gran Reina hicieron lo mismo. Y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo habia de restaurar el reino de Israel <sup>2</sup>. Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su eterno Padre, y no les convenia saberlo, y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalem, en Samaria, y en todo el mundo los misterios de la redencion humana.

1512. Despedido su divina Majestad de aquella santa y feliz congregacion de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos, y en su propia virtud se comenzó á levantar del suelo, dejando en él las señales ó vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fué encaminando por la region del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazon de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguian con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven tambien los cielos inferiores que comprehende su dilatada esfera; así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de Ángeles y santos Padres, y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas; y todos juntos y ordenados subieron, y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo á su Rey, Capitan y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasion fue llevar consigo á su Madre

<sup>1</sup> Matth. xxviii, 13. — <sup>2</sup> Act. i, 6, 7, 8.

santísima para darla en el cielo la posesion de la gloria y del lugar que como á Madre verdadera le tenia señalado, y ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese; porque su Hijo santísimo se lo habia ofrecido en los cuarenta dias que le acompañó despues de su milagrosa resurreccion. Y porque á ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este sacramento por entonces; y para que en la congregacion de los Apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oracion hasta la venida del Espíritu Santo (como se dice en los Actos de los Apóstoles <sup>1</sup>), obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndolos al cenáculo, y asistiendo con ellos; y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, á los cielos, donde estuvo tres dias con el mas perfecto uso de las potencias y sentidos; y al mismo tiempo en el cenáculo con menos ejercicio de ellos.

1513. Fue la beatísima Señora levantada con su Hijo santísimo, y colocada á su diestra, cumpliéndose lo que dijo David <sup>2</sup>, que estuvo la Reina á su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria, y rodeada de variedad de dones y gracias á vista de los Ángeles y Santos que ascendian con el Señor. Para que la admiracion de este gran misterio despierte mas la devocion, inflame la viva fe de los fieles, y los incline á engrandecer al Autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto á los que leyeren este milagro que desde que el muy alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia, me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces, y en dilatado tiempo, y largos años que han pasado, me ha manifestado su Majestad diversos misterios y descubierto grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante; porque la alteza del argumento pedia esta prevencion y disposicion. No lo recibia todo junto; porque no es capaz la limitacion de la criatura de tanta abundancia. Pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular. Las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los dias festivos de Cristo nuestro Salvador, y de la gran Reina del cielo; y singularmente este sacramento grande de llevar el Hijo santísimo á la purísima Madre el dia de la Ascension consigo al cielo (quedando en el cenáculo por modo admirable y milagroso), le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos dias.

1514. La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda

<sup>1</sup> Act. i, 14. — <sup>2</sup> Psalm. xlv, 10.



para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas <sup>1</sup>, y se conoce el objeto y la razon. Pero para quien oye en relacion estos misterios, necesario es dar motivos á la piedad para pedir el crédito de lo que es obscuro. Por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida á los cielos de nuestra Reina, si no fuera tan grande falta negarle á esta Historia maravilla y prerogativa que tanto la engrandece. Á mí se ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez; pero ahora que le escribo, no la tengo, despues que dije en la primera parte <sup>2</sup>, como en naciendo la Princesa de las alturas fue llevada niña al cielo empíreo; y en esta segunda parte <sup>3</sup> dije que sucedió lo mismo dos veces en los nueve dias que precedieron á la Encarnacion del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto misterio. Y si el poder divino hizo con María santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo, disponiéndola para que lo fuese; mucho mas creible es que los repitiria despues que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginal talamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole á sus pechos con su leche, y criándole como á Hijo verdadero; y despues de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole y imitándole en su vida, passion y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

1315. En estos favores y misterios de María santísima, muy diferente cosa es investigar la razon por que el Altísimo los obró en ella, ó por que los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo á su Madre, y por la dignidad que la dió sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan á conocer cabalmente, ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad á donde la levantó su omnipotencia; por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fue todo lo que quiso. Pero si á ella sola se dió á sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su substancia; consiguiente era en el orden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningun otro, ni con todo el linaje humano se debia hacer ni convenia; y con ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre santísima, pero la regla general es, que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con ella que redundase en su gloria y santidad, despues de la de su humanidad santísima.

<sup>1</sup> I Joan. i, 5. — <sup>2</sup> Part. I, n. 330. — <sup>3</sup> Supr. n. 72, 90.

1316. Pero en manifestar Dios estas maravillas á su Iglesia concurren otras razones de su altísima providencia, con que la gobierna, y la va dando nuevos resplandores, segun los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. Porque el dichoso dia de la gracia, que amaneció al mundo con la encarnacion del Verbo humanado y redencion de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna Sabiduría cómo y cuándo oportunamente conviene. Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras; mas no todos se manifiestan igualmente á un mismo tiempo, sino poco á poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras, metáforas, ó enigmas, con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reservados para su tiempo, como lo están los rayos del sol despues de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que á los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz: pues los mismos Angeles, aunque conocieron desde su creacion el misterio de la Encarnacion en substancia y como en general, como fin á donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres; pero no se les manifestaron á los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio; antes han conocido muchas de ellas despues de cinco mil y doscientos y mas años de la creacion de el mundo. Este nuevo conocimiento de lo que no sabian en particular, les causaba nueva admiracion de alabanza y gloria, que daban al Autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito <sup>1</sup>. Con este ejemplo respondo á la admiracion que puede causar á quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

1317. Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé á conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador á su Madre santísima consigo en su ascension, no fue pequeña mi admiracion, no tanto en mi nombre como en los demás á cuya noticia llegará. Entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fue acordarme lo que san Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo <sup>2</sup>, que fue el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fue arrebatado en cuerpo ó fuera dél, sin afirmar ó negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. En-

<sup>1</sup> Supr. n. 631, 692, 997, 1261, 1286. — <sup>2</sup> II Cor. xii, 2.



tendí luego que si al Apóstol en el principio de su conversion le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empireo corporalmente, cuando no habian precedido en él méritos sino culpas; y concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia; ¿cómo se ha de dudar que hacia el mismo Señor este favor á su Madre, y mas sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió mas el Señor, que si á otros Santos de los que resucitaron en el cuerpo con la resurreccion de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con su Majestad; mas razon habia para conceder á su Madre purísima este favor, pues aunque á ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, á María santísima se le debia en algun modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razon que con él mismo entrase á la parte del triunfo y del gozo con que llegaba á tomar la posesion de la diestra de su eterno Padre, para que de la suya la tomase tambien su propia Madre, que le habia dado de su misma substancia aquella naturaleza humana en que subia triunfante á los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre; tambien lo era que ninguno otro de el linaje humano en cuerpo y alma llegase primero á la posesion de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y madre, su esposo Josef, y los demás; que á todos y al mismo Señor y Hijo santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental en aquel día, sin María santísima, y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, á quien ninguno de sus vasallos se debia anteponer en este favor y beneficio.

1518. Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y se consuele con la noticia de este misterio, y de los que diré adelante de esta condicion en la tercera parte. Y volviendo al discurso de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó consigo á su Madre santísima en la subida á los cielos, llena de resplandor y gloria á vista de los Ángeles y Santos, con increíble júbilo y admiracion de todos. Y fue muy conveniente por entonces que los Apóstoles y los demás fieles ignorasen este misterio; porque si vieran ascender á su Madre y Maestra con Cristo, los afligiera el desconsuelo sin medida, ni recurso de algun alivio: pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenian consigo á la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo esto fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y Redentor se iba alejando

por la region de el aire. Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra <sup>1</sup>, y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venia en ella la persona del eterno Padre, que descendió del supremo cielo á la region del aire á recibir á su Unigénito humanado, y á la Madre que le dió el nuevo ser humanado en que volvía. Y llegándolos el Padre á sí mismo, los recibió con abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los Ángeles, que en ejércitos innumerables venian del cielo, asistiendo á la persona del eterno Padre. Luego en breve espacio penetrando los elementos y los orbes celestiales llegó toda esta divina procesion al lugar supremo de el empireo. Los Ángeles que subian de la tierra con sus reyes Jesús y María, y los que volvieron de la region del aire, hablaron á la entrada con los demás que quedaron en las alturas, y repitieron aquellas palabras de David <sup>2</sup>, añadiendo otras que declaran el misterio y dijeron:

1519. Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternas; levántense y estén patentes, para que entre en su morada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas, fuerte y vencedor, que viene vitorioso y triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adán, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias <sup>3</sup>, abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa redencion <sup>4</sup> que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza, y levantó la humana á la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dió su Padre de los electos y redimidos <sup>5</sup>. Ya su liberal misericordia les deja á los mortales la potestad para que de justicia puedan adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre: y para mayor gloria suya y gozo nuestro trae consigo y á su lado á la Madre de piedad, que le dió la forma de hombre en que venció al demonio; y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita á quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis á nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dió su Madre <sup>6</sup>, y á su Madre coronada con la gloria que la da su Hijo.

<sup>1</sup> Act. 1, 9. — <sup>2</sup> Psalm. xxiii, 7. — <sup>3</sup> Ephes. ii, 4. — <sup>4</sup> Psalm. cxix, 7.

<sup>5</sup> II Tim. iv, 8. — <sup>6</sup> Cant. iii, 11.